

Siria, en el Korasan y la Transaxona, entre tanto que el Africa veia á los fatimitas, descendientes de Mahoma por su hija Fátima, esposa de Alí, fundar una nueva monarquía, y tomar el título de califa.

A pesar de este repartimiento del poder soberano en tantas ramas, siempre residia en los califas de Bagdad ó de Oriente el doble poder que caracterizó desde los primeros tiempos la dignidad suprema del califado, y se perpetuaba por ellos la sucesion de los soberanos legítimos. Por tanto no pondremos otros nombres que los suyos en la tabla sincrónica de los príncipes de este siglo. Lo que la historia nos dice sobre cada uno de ellos se reduce casi á una mera lista de poco interes, en donde se contenta con señalar el tiempo de su subida al trono, y el de su caída, y así tenemos por inútil repetir aquí lo que presentará á la vista del lector la tabla sincrónica.

CAPITULO III.

Pintura política del Occidente.

Quantos delitos y desgracias acarrear la anarquía y la ferocidad, otros tantos cubrieron el Occidente, haciéndolo un dilatado teatro de horrores en el siglo décimo. Esta es la época mas deplorable, y que mas aflijó á la humanidad. Casi toda la Europa estuvo sin leyes, sin costumbres, sin luces, sin reglas y sin freno. La ambicion ciega y mal dirigida en sus medios: la venganza atroz casi siempre sin objeto y sin utilidad: la independencia que no tiene otro fin que no obedecer á nadie y hacer mal libremente: la transgresion pública de todas las leyes divinas y humanas: los pueblos oprimidos por una multitud de tiranos, cobardes y crueles: la libertad, la justicia, tan poco conocidas como la razon: la fuerza dominando por todas partes, y destruyéndolo todo: los escándalos mas repugnantes hechos tan comunes que ya no se reparaba en ellos: por último, todos los estados igualmente envilecidos y corrompidos: reyes, emperadores, pontífices, obispos, abades, duques, condes, barones, clérigos y legos, todos entregados á pasiones groseras, á vicios deshonestos, de que no habia duda que en algun tiempo se hubieran aver-

gonzado, viviendo en el desórden sin vergüenza ni conciencia: esto es en pocas palabras el horrible espectáculo que nos presenta la historia de este siglo llamado tan justamente el siglo de la confusion y de las atrocidades; y esta idea general que acabamos de dar, la justificará ampliamente la relacion por menor en que vamos á entrar.

En el artículo III. del siglo nono diximos que quando murió Luis, hijo del emperador Arnolfo, salieron de la casa de Carlo Magno para pasar á otra dinastía, la corona de Alemania y el cetro imperial. Expusimos en pocas palabras este suceso, que executó sin disputa y sin revolucion, por el efecto necesario de las causas políticas y morales que habian hecho caer á los príncipes de la rama Carlovingiana en el abatimiento y nulidad. En esta época se hizo electivo el imperio de Oriente, y hereditarias por el contrario las grandes dignidades, porque el imperio habia cesado de serlo, como lo advierte un escritor juicioso de nuestros dias: y los grandes que las poseian se atribuyeron el derecho de elegir señor. Sus votos ensalzaron al trono á Conrado I. el año 912, con repugnancia suya, y por consejo de Oton duque de Saxonia, que lo propuso como mas digno del supremo puesto, no obstante ser su enemigo: generosidad rara en estos tiempos de delito, y quizá el único rasgo de magnanimidad que tendremos que advertir en el discurso de muchos siglos. Algunos escritores no han contado á este príncipe en el número de los emperadores de Occidente, como tampoco á Enrique I. llamado el Paxarero, de la casa de Saxonia, que le sucedió el año 918, porque ni uno ni otro habian ido á consagrarse y coronarse en Roma; ceremonia en que han pretendido estos escritores que consiste el carácter de la magestad imperial.

La Italia la estaban á la sazón robando varios príncipes, que se hicieron llamar reyes, no siendo en la realidad sino sus tiranos. Entre ellos se ve un Berenguer, duque de Friul; un Guido, duque de Espoleto; un Lamberto, hijo de este Guido: un Rodolfo, rey de Borgonia; un Hugo, rey de Provenza, que se arrogaron sucesivamente el título rumboso de emperadores, y que sin embargo nada fueron ménos que príncipes, en quienes dignamente se pudiese representar la idea de poder y

grandeza anexa á esta eminente dignidad por el héroe que 100 años ántes la habia creado. El número sucesivo, y algunas veces la concurrencia de estos pretendidos emperadores, causa una grande confusion en los anales de este siglo; pero como no es nuestro fin poner en claro esta cronología obscura y complicada, sino pintar el estado general del Occidente, hemos dicho quanto hay que decir, siempre que hemos observado que todos estos príncipes, enemigos unos de otros, armados para suplantarse y destruirse, no hicieron otra cosa que causar males á la Italia, ni fueron para esta hermosa porcion del Occidente mas que instrumentos de carnicería y desolacion, crueles destruidores, y azotes reemplazados por otros azotes.

Estas desgracias públicas se suspendieron algun tiempo con la exáltacion de Oton I., llamado el Grande, al trono imperial. Coronado el año 862 por el papa Juan XII. que le prestó juramento de fidelidad sobre el sepulcro de san Pedro, juramento casi tan pronto violado como hecho, unió este príncipe para siempre la corona imperial con el cetro de Alemania por el concordato que hizo con Leon VIII. despues de haber castigado al pontífice rebelde y perjuro que le habia sido traidor.

Los que en nuestros dias han hecho reflexiones tan agrias y tan malignas sobre la grandeza temporal de los preladados y de los abades de Alemania, muchos de los quales son ministros del cuerpo político y aun soberanos, no han sabido, ó por mejor decir, no han querido convenir en que estos preladados y abades deben sus derechos, su poder y su soberania al emperador Oton I. Este príncipe prudente y capaz quiso dar algun contrapeso á la autoridad que los duques, condes y otros grandes del imperio se habian arrogado en la decadencia de la casa de Carlo Magno. A este fin confirió ducados, condados y otros empleos temporales á los obispos y abades para que gozasen de ellos con las mismas prerogativas que los señores legos; pero su política dispuso que los eclesiásticos condecorados con estos empleos en el orden civil no exerciesen sus funciones sino por medio, ó con el auxilio de los abogados asesores que les dió para dirigirlos y contenerlos. Si en adelante se extinguieron de esta dependencia que les pareció incómoda ó in-

digna, si se hicieron como los otros príncipes en propiedad, absolutos y dueños de todos los derechos de la soberania en la extension de las tierras que formaron desde el principio sus dominios; esto fué, como nadie lo ignora, obra del tiempo y de las circunstancias. Esta advertencia no podia ménos de tener lugar aquí para servir de preservativo al lector contra las declamaciones tan frecuentemente repetidas, en que por lo regular tiene mas parte el humor tétrico que la verdadera filosofia.

Oton II. y Oton III., que reemplazaron sucesivamente á Oton el Grande en la dignidad imperial, tuvieron ambos prendas apreciables, y reynaron con gloria, en quanto era posible, en medio de los alborotos que les fué preciso apaciguar, y de los delitos que tuvieron que castigar. Toda la vida de estos emperadores se pasó en reprimir á los príncipes de Alemania, que sediciosos por inquietud y por gusto, no cesaban de formar bandos contra ellos; en combatir á los esclavones y á los húngaros, que venian á aprovecharse de estas divisiones, así como los sarracenos y los búlgaros procuraban sacar alguna ventaja de las turbaciones de Constantinopla; en castigar á los romanos, todavía mas sediciosos que los grandes de Alemania, pero que segun el genio que se iba manifestando en ellos hacia algun tiempo substituian el ardid y la traicion al valor; y en crear y deponer papas segun que estos pontífices no ménos inquietos, ni ménos artificiosos que los otros, eran fieles ó contrarios á sus intereses. En medio de estas agitaciones iba tomando insensiblemente la constitucion alemana una forma regular, y se acercaba poco á poco al plan sobre que la vemos establecida hace muchos siglos.

Si Oton II. hubiese vivido mucho mas tiempo; si Oton III., su hijo, no hubiese tenido que dividirse, como lo estuvo durante su reynado, entre la Alemania y la Italia, adonde unas turbaciones que incesantemente renacian lo llamaban sucesivamente; si los mismos italianos, en lugar de serles in fieles, los hubiesen ayudado, habrian por último conseguido echar á los griegos de la Calabria y de la Pulla, en donde se mantenian todavía; los sarracenos, debilitados con las grandes batallas que se les habian ganado, se hubieran visto obligados á abandonar los establecimientos que habian hecho en el Garillan, y en la Sicilia; Roma hubiera podido recobrar un gobierno pacífico, y un

estado floreciente, y hubieran podido revivir los días gloriosos de Carlo Magno; porque estos dos príncipes tuvieron actividad y valor, y consecuencia en sus ideas toda quanta se necesitaba para reparar los daños, cuya causa no dexaban de alcanzar, y en otros tiempos mas favorables para la ostentacion de sus talentos, para la política y la guerra hubieran sido hombres insignes; pero qué es lo que podian hacer en las infelices circunstancias en que se hallaban sin aliados fieles y poderosos, rodeados de sediciosos y traidores, reducidos á sí mismos para deliberar y poner en execucion, y teniendo que desconfiarse de sus propios vasallos tanto y aun mas que de sus enemigos? Lo que hicieron continuamente fué pasar y repasar de las márgenes del Tiber á las del Rhin y del Danubio; castigar rebeldes que volvieran á tomar las armas luego que el soberano que acababa de reducirlos á su deber se hallaba ocupado en otra parte; tener dietas, en donde se hacian reglamentos tan prontamente quebrantados, en quanto se podia violar sin temor de castigo; pero todo esto no podia reparar ni sostener un edificio inmenso que se conmovia con los esfuerzos que se hacian para impedir que se arruinase, y cuyas partes estaban demasiado separadas entre sí, ó divididas con espacios demasiado grandes, para que fuese posible unir las unas con otras, y ponerlas en disposicion de apoyarse mutuamente.

La Francia era un teatro no ménos agitado que la Alemania y la Italia. Carlos III., hijo de Luis el Tartamudo, habia sido reconocido por legítimo soberano por los señores franceses despues de la muerte del rey Oton; pero este príncipe justamente caracterizado con el apellido de Simple que se le dió, no tenia ninguna de las prendas necesarias para sujetar á los grandes, detener los progresos de la independenciam, contener ó reprimir los bandos, infundir respeto y confianza á sus súbditos, y hacerlos concurrir al restablecimiento del orden. Por lo contrario tuvo todo lo que se necesitaba para aumentar las desdichas del estado, envilecer mas y mas el trono, y hacer arrebatat la poca autoridad que quedaba al monarca. Tímido, crédulo, sin entereza, sin talento, entregado á todo lo que se le sugería, no supo, ni pasarse sin el ministro á quien habia encargado los negocios del gobierno, ni defenderlo de la envidia de aquellos que tan solo querian quitarle es-

te único apoyo para esclavizarlo á él mismo con mayor imperio. Rendido, despreciado, cargado de prisiones, acabó sus dias en una cárcel, sin que nadie se cuidase de sacarlo de la esclavitud, ó de tomar venganza de su ignominia.

En su tiempo, como ya hemos advertido en el artículo III. del siglo antecedente, los normandos, mandados por Rollon, continuaron sus estragos, excitados por la debilidad del príncipe, por la poca resistencia que se les oponia, y por el desorden en que las guerras intestinas habian puesto el reyno. No pudiendo Carlos ni rechazarlos, ni amansarlos, resolvió cederles una provincia en donde pudiesen establecerse. Si este príncipe se propuso hacerse un defensor contra los nuevos enxambres de ladrones que podia todavía vomitar el Norte, y adquirir un defensor en este Rollon que venia á ser su cuñado, y casi igual en poder, no era reprehensible esta política segun la situacion en que el reyno se hallaba; pero debemos creer que el temor y la debilidad tuvieron mas parte en el proceder de Carlos, que no la prudencia y la prevision. Sea como quiera, Rollon, hecho príncipe de capitán que era de vandoleros, se mostró digno de su fortuna por su prudencia y equidad. Despues de haber abrazado el christianismo, se aplicó á reparar los daños que su nacion habia hecho, reedificó las iglesias destruidas, reparó las ciudades, y las fortificó, fomentó la agricultura, hizo leyes severas como correspondian á un pueblo criado sin disciplina, y reprimió sobre todo el robo, y las raterías á que sus vasallos se habian habituado durante su vida errante. Murió el año 917 con la reputacion de conquistador feliz, de legislador sabio, y de príncipe grande.

No podia Carlos el Simple ni con mucho dexar despues de sus dias una memoria tan honrosa; y en vez de que Guillermo, bastardo de Rollon, sucedió pacíficamente en los derechos y en el dominio de su padre, el hijo legítimo de Carlos, sin hallar defensores ni proteccion, tuvo que buscar con su madre asilo entre los extrangeros. Hugo el Grande, duque de Francia, conde de París y de Orleans, llamado tambien Hugo el Blanco por causa de su tez, y Hugo el Abad por las abadías de san Dionisio, de san German de los Prados, de san Martin Turonense, y de otras muchas que poseia, hizo subir por su media-

cion y su poder á Rodaldo, duque de Borgoña, su cuñado, al trono de los franceses, en que hubiera podido él mismo sentarse. Este Rodaldo, cuya eleccion interrumpia por segunda vez el orden de la sucesion, supo con su valor, prudencia, infatigable actividad, astucia y arbitrios, no restablecer la autoridad real, porque estaba muy debilitada; pero sí mantenerse en equilibrio contra el choque continuo de los vasallos poderosos é inquietos que lo rodeaban. Sus guerras contra los normandos á quien costaba mucho trabajo perder la costumbre del robo, contra un duque de Aquitania, que rehusaba reconocerlo, y contra el conde de Vermandois, príncipe de la casa de Carlo Magno, que ponía en precio su sujecion, no son de nuestro asunto.

Habiendo muerto Rodaldo sin hijos el año 936, hubiera podido Hugo el Grande poner en sus sienes la corona que habia ya colocado en las de otro. No carecia ni de ambicion para quererlo, ni de poder para conseguirlo; pero juzgó, á pesar del crédito y riqueza de su familia, que no habia llegado todavía el tiempo de dar la última mano á su exáltacion. Temia sobre todo al conde de Vermandois, á quien la sangre de Carlo Magno daba unos derechos, que los grandes hubieran quizá fingido respetar para trastornar los proyectos de un igual, á quien no hubieran visto sin envidia hacerse señor suyo. Así que Luis IV. fué llamado de Inglaterra, en donde su madre se habia refugiado con él en el cautiverio de su padre, de donde tomó el nombre de Luis de Ultramar. Este jóven príncipe, de edad de diez y seis años, confió desde luego toda la administracion á su bienhechor Hugo el Grande; pero despues quiso libertarse del imperio que este ministro, demasiado ambicioso, y con sobrado poder para dexar de ser temible, afectaba tener sobre él. Este designio que anunciaba en Luis de Ultramar un ánimo valeroso que se reconocia digno de su clase, tuvo sin embargo para él resultas muy contrarias á sus ideas. Despues de varios sucesos, unos prósperos, otros funestos, se vió obligado Luis á recurrir, para salir de las prisiones en que le habia puesto la pérdida de una batalla, á este ministro desgraciado de quien se habia hecho enemigo; pero si logró la libertad fué para perderla otra vez, habiéndose apoderado Hugo de su persona, sin duda para trabajar

con mas seguridad en la execucion de la idea que habia formado de invadir el trono, de que se miraba como el único apoyo. El papa y el emperador acudieron al socorro de Luis; y el temor de tener que rechazar á un tiempo las censuras de Roma, y las armas de los alemanes, obligó otra vez á Hugo á reducirse á su deber. Luis no sobrevivió sino algunos años á este convenio; y todo el dominio que dexó á su sucesor no consistia mas que en las ciudades de Reims y de Leon, siendo imposible conocer el dilatado imperio de Carlo Magno en estas infelices reliquias que quedaban.

Luis de Ultramar habia tenido la prudente precaucion de asociar á Lotario, el mayor de sus hijos, á la corona tres años ántes de su muerte, y de hacerlo consagrar en Reims. El carácter que la uncion real habia impreso en él, le sirvió de escudo contra las ideas ambiciosas de Hugo el Grande, que le facilitó el homenaje de todos los grandes, al qual añadió el suyo en tiempo que hubiera podido oprimirlo. En recompensa de este servicio recibió Hugo los ducados de Borgoña y de Aquitania, que el jóven rey añadió á los inmensos dominios que ya poseia, por ganarlo mas. Quando murió, que fué el año 956, Hugo, llamado Capeto, heredó su grandeza y su crédito. Mas sagaz en su política, y ménos orgulloso en el uso de su poder, supo ganar con su agasajo y afabilidad á los señores del reyno, cuyos zelos habia excitado su padre con su altivez y ostentacion. Fué el defensor de su rey, mas pobre y ménos poderoso que él; y quando este príncipe, que no careció de demérito, se vió cerca de su fin, le encomendó á Luis su hijo, de edad de diez y nueve años, cuya incapacidad, mas aun que la juventud, necesitaban de tal apoyo.

Este nuevo rey, apellidado el Holgazán, para caracterizar su pereza y su ineptitud para los negocios, no reynó mas que un año. Carlos, su hermano, duque de la Baxa Lorena, era llamado al trono por su muerte; pero se le apreciaba muy poco para pensar en su nacimiento ni en sus derechos. Acostumbrados los grandes á ver los antepasados de Hugo Capeto, y á él mismo en el cuidado del gobierno, lo colocaron en el trono con votos unánimes en una junta celebrada en Noyon. De este modo concluyó la segunda rama de los reyes de Francia, que habia ocupado

el trono por espacio de 236 años. Este príncipe justificó con sus grandes prendas la elección que de su persona habían hecho los franceses. Antes de su exáltacion era el primero de los señores por la extensión de sus dominios, y luego que consiguió la corona, se mostró digno del puesto supremo por su prudencia, y por el plan de política que dexó á sus sucesores. La autoridad real estaba reducida á nada quando se le condecoró con ella. Los grandes que se habían apoderado de los ducados, de los condados, y de las otras tierras de que se había compuesto el antiguo dominio de los reyes, y que los habían hecho hereditarios en sus familias, no habían dexado á los soberanos mas que un título vano, y una sombra de grandeza. Hugo Capeto con su exáltacion á la corona restituyó á la dignidad real una parte de sus antiguas posesiones, de que él gozaba en el estado de simple particular, pero no era esto bastante á restablecer el trono en su primer esplendor; y así concibió el gran proyecto de humillar á los señores, de reducirlos al estado de súbditos, y de despojarlos poco á poco del poder que habían usurpado, quitándoles estos feudos, ciudades y castillos de que ellos habían despojado á sus señores en un tiempo de debilidad y de anarquía. Solo este proyecto lo hacia digno del alto grado á que había subido. Sus sucesores, guiados por las mismas ideas, siguieron su plan venciendo mil dificultades, y mil contratiempos con una constancia digna de la mayor admiración. Á su valor, á su prudencia, y á sus constantes esfuerzos deben los franceses la dicha de ver á sus reyes tan grandes por la extensión de su poder, y por el nervio de su autoridad, como respetables por la santidad de su carácter. Hugo Capeto murió el año 996, dexando un gran nombre y un poder temible. Roberto su hijo, á quien había hecho consagrar algunos años antes para asegurarle la corona, subió pacíficamente al trono de los franceses, en donde lo hallaremos reynando con prudencia y constancia al principio del siglo siguiente.

En España el reyno de Asturias, ó de Oviedo, se mantenía con gloria, aunque incesantemente expuesto á los ataques de los musulmanes. En este siglo tomó el nombre de reyno de Leon, porque esta ciudad se hizo la capital, y los soberanos la escogieron para su residencia por estar en el centro de su dominio. El sistema feudal se ha-

bia establecido como en Francia en esta parte de la Europa, y los grandes se habían mantenido en el derecho de consagrarse en la muerte de qualquier rey, para nombrar sucesor; lo que hacian sin reparar mucho en el orden del nacimiento. Este derecho, observado con zelo igualmente por la nobleza y el clero, ocasionaba grandes turbaciones, y aun guerras civiles, porque llegaba caso en que el bien del estado pedía que se prefiriesen los tios y los sobrinos, y aun una rama distante á otro mas inmediato al trono por la sangre; de donde resultaban disgustos, tramas, bandos opuestos, alborotos y usurpaciones. En una nacion valerosa y guerrera no se podia hacer todo esto sin tomar las armas, y sin derramar sangre; y el enemigo comun se aprovechaba siempre de estas discordias civiles.

Este enemigo, cuyo odio y ambicion jamas descansaban, era el musulman, establecido por fuerza de armas en el centro de España, como ya hemos dicho. El príncipe de esta potencia temible residia en Córdoba, ciudad grande, soberbia, rica, llena de gente, y fortificada con todo aquello que el arte de la guerra sabia añadir á los medios naturales de defensa. Los califas, porque los príncipes musulmanes que reynaban en estas fértiles comarcas habían tomado por último este título orgulloso y sagrado, no omitian ninguna ocasion de extender su dominio, y de estrechar el de los príncipes christianos. El fanatismo ayudaba á la política; y el espíritu de conquista, que desde el origen fué el de los discípulos de Mahoma, se valia con utilidad del zelo de la Religion para conseguir sus fines. Los musulmanes y los christianos casi no cesaron de estar en armas unos contra otros en el discurso de este siglo, porque no se debe tener en nada unas cortas treguas que unos y otros se tomaban para poder empezar otra vez la guerra con mucha furia.

El trono de las Asturias lo ocuparon príncipes valerosos, prudentes y diestros en el ejercicio de las armas, que muchas veces hicieron temblar al califa de Córdoba en medio de su capital. Estos fueron Don Ordoño II. Don Ramiro II. Don Ordoño III. Don Sancho I. y Don Bermudo II. Baxo el mando de estos príncipes ganaron los christianos batallas, tomaron ciudades, cogieron un rico botin é infinitos prisioneros á los moros; pero estos reparaban sus pérdidas, y completaban sus exér-

citos con los socorros que recibían de Africa. Una tregua sucedía á una derrota, y un ejército floreciente volvía á salir á campaña quando espiraba la tregua. Buscábanse con el mismo anhelo, y peleaban con igual ardor, alimentándose igualmente de los sucesos prósperos y adversos el odio recíproco de los musulmanes y de los christianos. Esta lucha de ambos pueblos, y de ambas religiones la veremos durar todavía muchos siglos.

En este se dexaron ver dos hombres de distincion á la frente de los moros. El uno fué en la primera clase Abderramen III. soberano de Córdoba; y el otro en la segunda Mahomet Aben Amir, llamado Almanzor ó el vencedor, regente y primer ministro en tiempo de Isem, nieto de Abderramen. Este califa que no tuvo nada de bárbaro, ni de despótico, sino que fué justo, humano, benéfico y generoso, aun con sus enemigos, mereció el amor de sus vasallos, y la estimacion de los extrangeros. Quando tomó las riendas del gobierno, lo halló todo en la mayor confusion; pero en poco tiempo, con su prudencia y capacidad, restableció el buen orden, y restituyó el estado á su primer esplendor. Menor fué el crédito que ganó por su fortuna en la guerra, que por su prudencia en el gobierno, y la historia no habla mas que de una sola victoria contra los christianos en todo su reynado, que fué largo, entre tanto que cita un crecido número de derrotas, tan vergonzosas, como sangrientas; pero si no tuvo la felicidad de vencer, tuvo por lo ménos habilidad para reparar sus pérdidas. Sus reveses jamas le hicieron ceder en nada de su magnificencia; y su corte, donde reynaban el luxo y la delicadeza, fué muchas veces asilo de los otros príncipes que venían á buscar en ella ó remedio en sus desgracias, ó diversiones que en otra parte no había.

Todo lo que al califa Abderramen faltaba de gloria en las armas, lo tuvo Almanzor. Nada se le resistía, exercitos numerosos, plazas fortificadas, castillos defendidos por el arte y la naturaleza, nada contenía el curso rápido de sus triunfos, siendo señaladas todas sus campañas con algunas victorias. Tan fanático en su zelo por la religion de Mahoma, como los primeros compañeros de este falso profeta, no se proponía otra cosa que la entera destruccion de los christianos, y trabajaba en ella

sin cesar. Despues de haber conquistado el reyno de Leon, del qual no le quedada que sujetar mas que la capital, puso sitio delante de esta ciudad, la tomó por asalto, y entregó á los soldados las tropas, los habitantes y las riquezas que había en ella. Con esto se le habían cumplido ya sus ideas, y había saciado su furor implacable contra el christianismo, si olvidando los príncipes christianos las oposiciones que los tenían divididos, no hubiesen reunido sus fuerzas contra el enemigo comun á quien no faltaba mas que un golpe que dar para arruinarlos de todo punto. Una victoria completa contra los moros fué el fruto de su union. Jamas había mostrado mas ardor el soldado christiano, y nunca los infieles habían padecido destruccion mas sangrienta. Desesperado Almanzor, no quiso sobrevivir á la gloria, y negándose á tomar ningun alimento despues de este suceso, murió de inanicion. Con él perdieron los moros todas las ventajas que les habían costado tanta sangre; y recompensados los príncipes christianos por haber sacrificado sus enemistades particulares por el beneficio de la patria, volvieron á la posesion de los países y ciudades que este terrible conquistador les había tomado.

En Inglaterra ocupaba el trono al principio de este siglo Eduardo I. digno hijo de Alfredo el Grande. Sin tener todas las apreciables prendas de su padre, supo sin embargo conservar, por su valor y actividad, la superioridad de poder que había heredado sobre todos los otros príncipes. Muchas veces tuvo que combatir, y siempre que contener á los dinamarqueses, pueblo inquieto y feroz, que no podía sujetarse al yugo de las leyes y de la autoridad, baxo el qual les había obligado á vivir Alfredo. Los alborotos frequentes de estimacion, sus intentonas para salir del estado de dependencia en que estaba contenida despues de haber sido conquistadora, y sus alianzas ya con los soberanos de Escocia, ya con los de Irlanda, y aun con los príncipes del continente, fueron la causa de las guerras casi continuas que desolaron á la Inglaterra en la mayor parte del siglo décimo. Este estado violento no tuvo término hasta el reynado de Erardo llamado el Pacífico. Este príncipe, aunque de diez y seis años, quando fué llamado á la corona despues de la muerte de Edwy. su hermano, suplió con la superioridad de su

talento y la madurez de su juicio la experiencia que le faltaba. Su plan para conservar la paz, tanto dentro como fuera, fué tener siempre un ejército bien mantenido, bien disciplinado, y una marina floreciente; y de este modo, dispuesto siempre á hacer guerra si se veía precisado á ello, supo engañar á sus enemigos, y hacerse respetable á sus vasallos. Con un gobierno tan prudente y tan sólido llegó la Inglaterra al mayor auge, y los pueblos fueron felices. Esta tranquilidad duró hasta la muerte de Eduardo II. dicho el Mártir, príncipe jóven de las mayores esperanzas, á quien el odio de una madrastra hizo perecer á manos de un asesino; delito que para la Inglaterra fué nuevo manantial de desgracias.

En el Norte de la Europa empezaban á unirse por intereses políticos con los otros estados las potencias que se habian formado allí. La Dinamarca, plantel inagotable de guerreros que habian destruido la Francia y conquistado la Inglaterra, era sucesivamente enemiga y aliada de los emperadores de Alemania; los rusos llevaban sus armas hasta el centro del imperio griego; los suecos, que pretenden la antigüedad sobre todos los pueblos de la Europa, no se ocupaban todavía mas que en disputar entre sí selvas, lagos y llanuras heladas: los polacos, no menos bárbaros que sus vecinos, ni conociendo otro ejercicio que el de la guerra, volvian sus armas, ya contra las naciones circunvecinas, ya contra sí mismos. Todos estos pueblos tenían sus soberanos; pero la cronología de estos príncipes es tan obscura como árida su historia. La serie de ellos la daremos en la tabla sincrónica siguiendo los números mas ciertos, empezando desde este siglo, porque entónces fué quando la sociedad christiana se formó en estos climas, ó tomó en ellos una consistencia que aun no habia tenido, por los trabajos de los misioneros, y la proteccion de los soberanos.

ARTICULO IV.

Estado del entendimiento humano por lo respectivo á las ciencias, letras y artes.

Todavía no habian sido tan densas las tinieblas de la ignorancia, ni extendíose tan generalmente por toda la

tierra, como lo fueron en el siglo décimo, hez de los siglos, así respecto de las letras, como respecto de las costumbres. No exceptuamos tampoco el Oriente, en donde las ciencias y artes tenían aun algun lustre, porque el mal gusto, la inclinacion á lo maravilloso, y el menosprecio de los buenos modelos que ya no se estudiaron, ó que se desdénaron de imitar, causaron tanto perjuicio á la razon y á los buenos estudios, como lo causó la barbarie en lo restante del mundo. Es verdad que Leon el Filósofo, y Constantino IX. eran sabios, amaban las letras, hacian obras, y derramaban sus beneficios sobre los talentos; mas con todo no produjo nada la pluma de los griegos baxo su proteccion, que haya merecido elogios á la posteridad. En sus escritos no se ve ni eleccion de pensamientos, ni naturalidad, ni gracia; todo es violento, afectado, inverosímil. El estilo mismo que se gloriaban los literatos griegos de haber heroseado y perfeccionado, está lleno de afectacion, de agudezas, de equívocos, y cargado de adornos fuera de su lugar. Todo esto no indica otra cosa que unas imaginaciones vivas, pero poco arregladas, un entendimiento sin discrecion, el defecto de no saber jamas tomar el tono y carácter del asunto que se trata, en una palabra la entera decadencia del gusto: de lo que es una prueba clara la historia universal de Eutichio, patriarca de Alexandria, y todavía mas, las vidas de los santos de Simeon Metafraste.

Las artes que dependen del mecanismo y de la industria se cultivaban en Constantinopla con mas acierto que aquellas cuya perfeccion consiste particularmente en el genio y talento para inventar, guiados de un gusto seguro y delicado. Qué profundo conocimiento de muelles y movimientos no tendria aquel mecánico, que reynando Romano Lecapeno hizo una mano de cobre para un embustero famoso por el nombre de Constantino Ducas que se tomaba, y por el crecido número de parciales que le seguian? Esta mano artificial substituida á la que el emperador le habia hecho cortar, suplía su pérdida con su libertad, su agilidad y su flexibilidad. Qué habilidad, qué delicadeza de trabajo, qué estudio de las fuerzas motrices, y qué talento para hacer flexibles los metales, no supone tal obra en el artista que la inventa y que la executa? Las otras artes de puro gusto y luxo, como la pintura, es-